

Lina María Pérez Gaviria*

¿Qué pasa hoy con las mujeres en la literatura colombiana?¹

Quise rechazar la invitación a este encuentro porque el tema de la literatura femenina me empalaga. ¿Pero cómo rechazar la oportunidad de decirlo, precisamente, ante un auditorio que ha sido convocado para insistir en esa entelequia? No hablaré sobre mi literatura, que por ahí anda punzante y sin antifaces en busca de lectores. Ella tendrá que defenderse sola.

Mi respuesta es simple y breve: Con las mujeres en la literatura colombiana no pasa nada. No pasa nada distinto al destello con el que los medios y las mismas editoriales quieren vender eso de la literatura escrita por mujeres como un milagro exótico, un descubrimiento, si, señoras y señores: descubrieron que las mujeres escriben y que a veces, y algunas, escriben bien. Y no pasa nada diferente a que, puestas así las cosas, los hombres nos dieron permiso de adueñarnos de la función estética de la palabra.

Pero también pasa que no escribimos para sultanes, ni siquiera como lo hizo Cherazada, para conservar la vida. Escribimos para celebrarla, interpretarla, reinventarla con el mismo clamor, con la misma urgencia y necesidad vital con la que lo hacen todos los escritores, ahora y siempre, no en su condición de hombres o

* Graduada en estudios literarios en la Universidad Javeriana. Premio Internacional de cuento Juan Rufo, modalidad Semana Negra, convocado por Radio Francia Internacional en 1999. Premio Nacional de Cuento Pedro Gómez Valderrama en 2000, y el XXXII Premio Internacional de Cuentos Ignacio Aldecoa, 2003 convocado en España. Es autora de Cuentos sin antifaz, Vladimir Nabokov: a la sombra de una ninfula, Cuentos punzantes, y el relato infantil: Martín Tominejo.

¹ Palabras de Lina María Pérez Gaviria en el Encuentro de Narradoras Colombianas en el Día Internacional de la Mujer, marzo de 2005.

mujeres, sino de amantes de este oficio que sólo se tiene derecho a ejercer si se entiende lo que es el arte de la palabra.

Pasa que cuando nos montamos a bordo de nosotras mismas en el barco de las palabras, lo hacemos no sólo para que nuestros amigos nos quieran mucho y nuestros amantes nos amen más. En el mar de nuestra disciplina, los vientos soplan con la misma perseverancia y con la misma audacia. Para eso de poner palabras a nuestras invenciones compartimos entusiasmos y temores, frustraciones y deleites, siempre con la honestidad de encender la lámpara maravillosa de nuestros imaginarios individuales en un intento por poner nuestra mirada sensible sobre los imaginarios colectivos.

Y pasa que vamos más allá de la entelequia de la vanidad, de si contamos la poesía que hay en la vida desde los ovarios o si buscamos la solidaridad de género entre las mujeres lectoras. Pasa que ejercemos la escritura como lo hacen autores y autoras de todas las geografías, y todos los tiempos, con la obligación ética y estética de hacerlo lo mejor que podamos desde lo que somos, cada uno, cada una, con nuestros azares a flor de palabra, con los hombres y mujeres que llevamos dentro, con los universos masculinos y femeninos que componen nuestras emociones.

Pasa que la literatura, con su privilegio de crear diálogos profundos con los lectores no es ni blanca ni negra; ni masculina ni femenina; ni del Norte ni del Sur. La literatura verdaderamente entrañable propone un pacto de esencias, de misterios, un pacto en el que se pone en juego la conmoción de los sentidos, el deleite de la palabra y el más puro goce de la inteligencia. Nunca un discurso del género de quien la escribe.

Pasa que seguiremos escribiendo literatura a pesar del desdén de las editoriales, a pesar del síndrome de evasión y de ambigüedad con el que se despacha al escritor y a la escritora que no cumple normas comerciales. Pasa que seguiremos viviendo en la lenta y silenciosa comarca de la soledad y en la que, gracias a nuestra mirada perpleja, hacemos uso de la sinrazón en nuestras aventuras privilegiadas por la palabra. Seguiremos abriendo las puertas de los ámbitos del símbolo literario con el entusiasmo que nos permite mirarnos, sorprendernos, interpretarnos. Y el único postulado es el deleite de la escritura que ha guiado durante siglos a poetas, narradores y dramaturgos de todos los géneros.

Pasa que escritores y escritoras obedecemos la resonancia de los mundos estéticos que es la única que permite mostrar la poesía que hay en una imagen, en un recuerdo, en una emoción. La literatura seguirá siendo un oficio de terquedad, de disciplina, de feliz desmesura, la mayoría de las veces ejercida en combates inútiles contra la deformidad de los medios, para los que no resulta rentable publicar literatura. Pero ojo, no es tan desolador el panorama de nuestros periódicos: cuando caen en la cuenta de que hay que equilibrar tanta novedad siliconada, publican de vez en cuando una muestra literaria. Y pasa que si proviene de un escritor, el titular casi

siempre exalta la genialidad de su texto. Si proviene de una autora, será su género, y no la calidad de su poema o de su cuento, el que enmarque la noticia.

Pasa que no debemos dejar pasar estos eventos sin un clamor, para que la literatura que escribimos hombres y mujeres tenga una oportunidad de abrirse a escenarios nuevos. Los periódicos y los noticieros tienen una responsabilidad enorme en la entronización de tanta estupidez. Les es más rentable publicar el horóscopo o contar con quien se acuesta la actriz de moda y con quien se levanta la reina de turno, que publicar un poema o un cuento o un capítulo de una novela.

Y pasa que deberíamos fundar el Día de la Palabra. Sería un día en el que todos, escritores y escritoras, lectores y lectoras hablemos con personajes y emociones en los que podamos mirarnos como en un formidable espejo lleno de aristas y arañazos, torceduras y deformaciones, y también en el fulgor indescifrable, y por lo mismo milagroso, de la esencia humana.